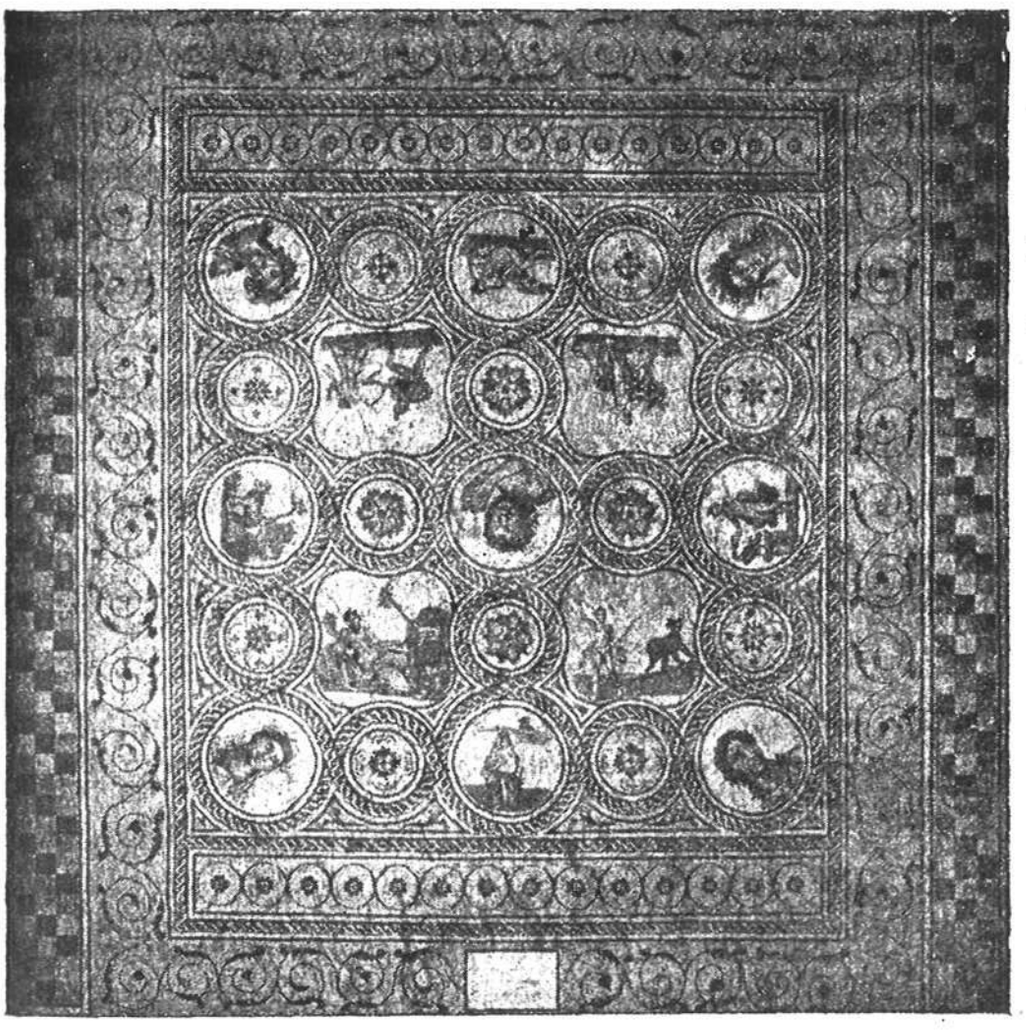
VII

EL MEJOR MOSAICO DE ITÁLICA

Próximo al anfiteatro de Itálica, sobre una altura que lo domina, existe un Olivar donde, como su nombre tradicional *Los Palacios*, indica, debieron existir espléndidos edificios. Ya hace seis años aparecieron allí tres pavimentos de mosaico, dos de los cuales fueron salvados de inminente ruina por quien esto suscribe.

En el mes de Febrero del pasado año de 1914, trabajando casualmente en este terreno, propiedad de Braulio Artillo, un individuo llamado José Ortiz, puso al descubierto el trozo de mosaico que contiene el lindo medallón de Leda con el cisne, y lleno de alegría por tan feliz hallazgo, siguió trabajando hasta desenterrar en su totalidad el bello pavimento, cuya fotografía acompaño. Otros dos compañeros, llamados Manuel Moreno y



José Rodríguez, siguieron las excavaciones y lograron á poco descubrir otros dos mosaicos, también muy hermosos. Estaban todos tres á una profundidad próximamente de metro y medio, y pertenecieron á tres habitaciones edificadas paralelamente. Conservaban sus muros, que aún guardaban restos de pinturas al fresco con los característicos colores que en Pompeya se admiran, estando las habitaciones separadas entre sí por unos pasillos ó galerías que desgraciadamente no fueron explorados, pero que podrán serlo si algún día facilidad y autorización para ello se lograra.

Ignorante quien esto suscribe de la entonces reciente ley de Excavaciones, y habiendo ya en años anteriores, por cuenta propia, realizado repetidos trabajos de exploración en Santiponce y sus inmediaciones, trasladando y colocando en su casa numerosos objetos y mosaicos, que de otro modo hubieran sido destruídos, se apresuró á adquirir el descubierto por Ortiz, preparando lugar adecuado para su colocación. La hermosura excepcional de los pavimentos llevó allí en aquellos días á propios y extraños, y unos y otros invocaron la reciente ley para impedir que el hermoso mosaico fuera arrancado del sitio donde apareció. Era, sin embargo, urgente su inmediato levantamiento. El campo abierto en que se encontraban, y en el cual, por temor á los merodeadores, precisaba tenerles pagados guardas noche y día; la necesidad en que su dueño se iba á ver bien pronto de labrar el terreno, hacían forzosa su traslación á lugar seguro, si no habían de sufrir en breve plazo la suerte de los bellísimos mosaicos de las Musas y otros semejantes, de los cuales se puede decir, parodiando al cantor de Itálica,

De todo ello no quedan las señales.

Felizmente varios eminentes personajes que en aquellos días visitaron Sevilla, el sapientísimo Padre Fidel Fita, que hoy preside la Academia de la Historia; el ilustre arqueólogo marqués de Cerralbo, cuyas admirables excavaciones han asombrado á Europa; el marqués de Laurencín, tan gran apreciador del arte y de la historia, tomando con verdadero interés la conservación

de estos monumentos, recabaron en Madrid, no sin contradicciones, del ilustrado Ministro de Instrucción pública, entonces D. Francisco Bergamín, una Real orden para que los mosaicos fueran entregados á la que suscribe.

Hízose en el mes de Agosto el levantamiento del que nos ocupa, así como su traslación, con infinitas precauciones, y hoy, completamente restaurado, puede lucir toda su original composición.

Mide el pavimento en su totalidad 6,85 m. por 6,88. Muy al contrario de casi todos los que en aquellos sitios se han encontrado, presentaba escaso deterioro, circunstancia que acredita con esta prueba más, que la misteriosa destrucción de Itálica no fué obra del tiempo ni del abandono, sino efecto de rápida y desconocida catástrofe. Sólo en dos de sus medallones presentaba marras de relativa importancia. Del mayor ó menor acierto con que éstas han sido subsanadas, puede juzgarse por las fotografías que acompañan. Ostenta este pavimento veinticinco medallones caprichosamente enlazados por una orla del característico cordón que en casi todos los mosaicos descubiertos en Itálica, con más ó menos profusión, se encuentra. Doce de estos medallones tienen en su centro una flor ó estrella de variada y original estilización. Alternan estos doce con los trece de mayor magnitud que encierran lo más interesante del hermoso mosaico, hermosas cabezas de grandioso tamaño los unos, encantadores grupos alegóricos los otros. Ocupa el medallón del centro el busto del Dios Pan, representado en un gracioso muchacho, cuyo expresivo rostro revela una simpática alegría. Fija la mirada en lo alto, canta al son del tradicional caramillo que maneja su mano derecha, y su entreabierta boca sonriente produce el efecto de la vida.

Forman lucido cortejo á esta figura las de las Cuatro Estaciones, que los cuatro ángulos del mosaico ocupan, representadas por bustos de mujeres del mismo tamaño que el central de Pan; coronada de flores la Primavera, de espigas el Verano, el Otoño de racimos y de troncos secos el Invierno. Descuella entre ellas, por su belleza y brillante colorido, la figura del Verano, en la

cual el desconocido artista alcanzó una perfección rara vez superada.

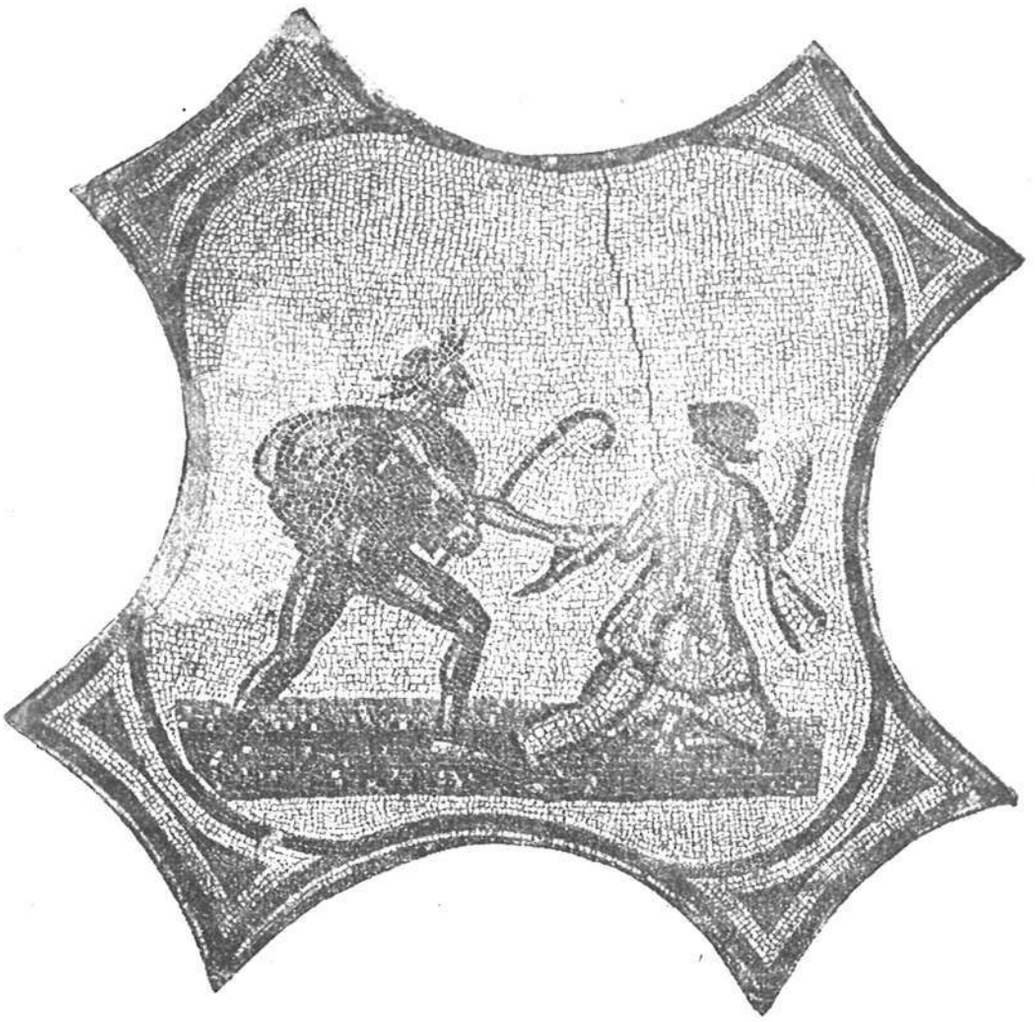
Los ocho medallones intermedios encierran escenas mitológi-

cas de gran interés. Leda con el cisne, Europa con el toro, Ganimedes dando de beber al águila, Dánae y la lluvia de oro, al mismo tiempo que curiosas demostraciones de cómo se concebían en aquella época mitos que luego han sido de tantos modos tratados por los modernos artistas, asuntos son cuya interpretación no puede dejar lugar á dudas.

En cambio, ¿á quién se ha querido representar por el pastor que en graciosa actitud de carrera parece que intenta despojar de sus vestiduras á una mujer que, sorprendida, protesta? ¿Es Júpiter en alguna de sus empresas amorosas? ¿Es Apolo persiguiendo á Dafne? ¿Ó acaso es una ilustración del precioso idilio de Teócrito, tan admirablemente traducido por el francés Chenier y nuestro Menéndez Pelayo?

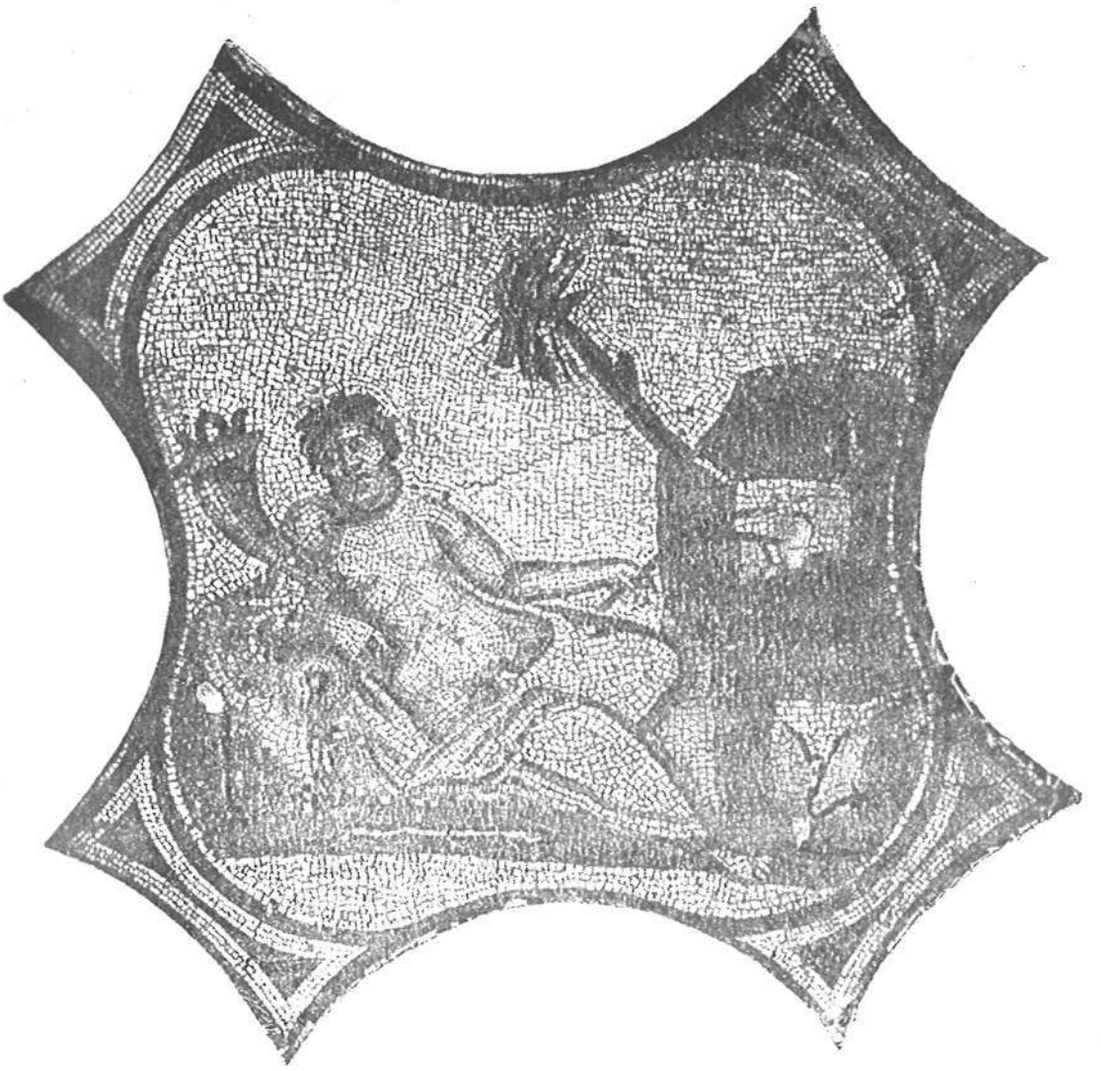
El joven cazador que, en arrogante actitud, arroja el dardo para herir al gran oso en cuya persecución camina, ¿qué dios ó qué héroe representa?

Y el personaje que sentado al lado de un extraño edificio, del



cual se levanta una palmera, se apoya en una urna de la que fluye abundante cascada, ¿es el Guadalquivir? Así parece indicarlo la rama de olivo que su mano izquierda sustenta, mientras que la palmera hace pensar en el lejano Nilo.

Alguna verosimilitud da á esta última extraña suposición el examen de la figura que el medallón inmediato contiene. Delante de algo que no puede bien definirse, edificio ó monte con base de muralla cuadrada, de la cual arranca también una palmera, el famoso toro Apis adorado por los egipcios, ostentando la media luna sobre el lomo, demuestra, así confundido con las divinidades griegas y romanas, la mezcla de unos y otros cultos á que la heterogénea población de España había dado lugar.



Plumas más autorizadas que la que esto escribe podrán desentrañar el oculto sentido que estas figuras, dos veces milenarias, encierran, dándoles más acertada y exacta interpretación y desvaneciendo los errores que aquí se habrán deslizado acaso.

Preciosa cenefa de círculos concéntricos que llevan dentro cada uno una rosa de cuatro hojas, cuya semilla es una cruz, circunstancia que ha hecho germinar en alguien la peregrina idea de que pudiera ser un artista cristiano el autor de pavimento de tan paganas alegorías, lo adorna en su parte alta y baja, viéndose luego la totalidad encuadrada por otra orla de muy marcado sabor griego, que elegantemente lo circunda y termina.

Otra sencilla cenefa de cuadros blancos, grises y pardos, que el pavimento sólo en su parte baja ostentaba, se ha dividido en dos, colocándola por iguales partes, á derecha é izquierda, para adaptarlo al lugar que hoy ocupa, siendo ésta la única modificación, realmente sin importancia, que en tan venerable reliquia de la antigüedad ha sido forzoso llevar á cabo.

Los otros dos bellos pavimentos, solicitados por el Comité de la Exposición Hispano-Americana, fueron trasladados por éste al magnífico palacio nuevo que está construyendo, previa renuncia hecha á ruegos del mismo Comité, por la que suscribe, al derecho que la Real orden de 24 de Junio de 1914 sobre ellos le concedía.

Salvados, por tanto, los tres de la destrucción que les amenazaba, serán elocuente testimonio de la altura que el arte alcanzó en la desaparecida ciudad de Teodosio y de Trajano.

Sevilla, 28 de Julio de 1915.

REGLE MANJÓN,
Condesa de Lebrija.